

EN MEMORIA DE D. ANTONIO MAURA  
CON OCASION DEL PRIMER CENTENARIO  
DE SU NACIMIENTO



## Ofrecimiento

---

Nos reunimos en esta sesión convocada como especial, fuera de nuestro calendario, para conmemorar el centenario natalicio de D. Antonio Maura. Y no es que la Academia se asocie como por de lado a la conmemoración que en España se hace de esta fecha, sino que se ve muy directamente llevada al recuerdo del que fué su egregio director. Si en las biografías del hombre público no suele figurar su labor académica, ésta ocupaba en el siempre bien ordenado horario de su actividad un lugar de afección muy señalado, y eso no sólo en los años en que entre nosotros encontraba alivio a los sinsabores e ingratitudes de la política, sino que aun en los tiempos en que los cargos del Estado pesaban más sobre él, no era raro que lograrse espacio para concurrir a nuestras juntas.

Puedo hablar de este singular afecto como testigo excepcional, pues tengo sobre todos mis compañeros la tan indiscutible como lamentable ventaja de la antigüedad. He presenciado el triste renovarse la Academia reiteradas veces por la muerte de ilustres amigos, que eran para mí objeto de la reverencia, de la admiración y del cariño. En el primer decenio de mi vida corporativa he visto desaparecer la Academia a la que debí mi elección, la de Valera, Pereda, Nuñez de Arce, Echegaray, Menéndez Pelayo, Galdós... Después, la Academia

de los doce años siguientes, la de don Antonio Maura, Palacio Valdés, Rodríguez Marín, Ricardo León, los Quinteros, Asín..., falta casi en totalidad, pues sólo otros tres de nosotros la alcanzaron y sólo parcialmente.

Pues bien, aquella Academia de mi primer recuerdo, aureolada ya en la lejanía de la historia como una de las más insignes y gloriosas, sufría achaques íntimos que contradecían aquel su brillo externo. La conmemoración de Maura es invitación a examen de conciencia, y la vida de todas las corporaciones tiene aspectos menos buenos que es útil traer a la memoria. Los aludidos achaques no eran luchas nacidas en la oposición fecunda de pareceres literarios o técnicos, eran negaciones partidistas que desazonaban la convivencia y enervaban la actividad corporativa. Además menoscababan muy gravemente el prestigio, pues trascendían al público desde antiguo; tanto que tenía yo bien presente, desde cuando estudiante, la anécdota ruidosa de haber fracasado la elección académica de Galdós, siendo sabido en todas partes que Menéndez Pelayo era, hacía años, partidario de esa candidatura, relegada siempre por la mayoría de sus compañeros.

Hoy, dado a luz el epistolario con D. Juan Valera, es muy público cuánto deseaba Menéndez Pelayo para la Academia "la verdadera popularidad literaria" que los grandes méritos de Galdós alcanzaban, y cuánto lamentaba que otros candidatos triunfantes hiciesen a la corporación "antipática a las gentes". Así que después, cuando al fin Galdós fué elegido, Menéndez Pelayo, al recibirle en la Academia quiso proclamar, indirectamente y en los más nobles tonos, sus razones contra los partidismos que tanto habían retrasado aquella elección. La "discordancia", decía él atenuadamente por no decir la total oposición ideológica, que le separaba de Galdós, no influía en la "íntima amistad" que a ambos unía, y tampoco podía ser obstáculo para que ensalzase y publicase el altísimo valor literario del genial novelista, pues era preciso olvidar la lucha que desgarraba las entrañas de la patria, cuando Galdós había publicado varias de sus obras no juzgadas entonces con reposada crítica, sino "exaltadas o maldecidas con

igual furor y encarnizamiento por los que andaban metidos en la batalla de ideas de que aquellos libros eran trasunto”.

Entero, el discurso de recepción está inspirado en ese elevado espíritu crítico que se agrada en realzar vibrantemente todo cuanto en el arte de Galdós ostenta signo positivo, sin el menor asomo de avarienta cicatería en la estima, aunque a la vez haya que condenar otros aspectos que llevan signo negativo; recta justicia distributiva que firmemente sabe otorgar y negar, sin que lo uno se entremezcle con lo otro. Y esa justicia fué un gran comienzo para apartar de la Academia aquel molesto descrédito que cundía entre las gentes.

Me ocurre aquí este episodio porque la Comisión Administrativa ha propuesto que, en el presente acto, se recordase alguna de las oraciones académicas de D. Antonio, prefiriendo entre ellas la necrología de Galdós, y ese discurso necrológico forma admirable pareja con el discurso de recepción pronunciado por Menéndez Pelayo, con ser uno y otro muy diferentes. El discurso de Menéndez Pelayo en uno de aquellos majestuosos vuelos de altura sobre el campo literario a que era avezado su autor, había destacado como figura histórica a Galdós en el desarrollo de la prosa narrativa española; el discurso de Maura atiende más a retratar con amplias pinceladas al hombre, poniendo como fondo del retrato la obra artística, retrato velazqueño, vivificador, que habrá de ser inseparable de todo nuevo juicio sobre el retratado.

Pero ambos discursos coinciden en la actitud crítica del autor. Maura, lo mismo que Menéndez Pelayo, mantuvo cordial amistad con el novelista tan contrario en ideas y tan batallador en ellas. Amistad duradera, y no por mérito de dotes personales que poseyese Galdós, pues Maura le halla siempre callado, reservadísimo, glacial, incapaz de cualquier efusión; era amistad admirativa, inclinación espontánea hacia el profundo temperamento artístico del escritor, hacia aquella benevolente índole del novelista, movida de las más amplias simpatías humanas; y la admiración suplía a la tibieza y salvaba el escarpado abismo conceptual interpuesto entre ambos.

Bien significativo es así que tanto el saludo de recepción

como la despedida de Galdós en esta casa tengan la misma alta significación bajo la pluma de los dos grandes escritores a cuyo cargo estuvieron. La más leal y generosa comprensión viene a satisfacer la inviolable justicia crítica del uno y del otro. A cada sector de la vida corresponden sus afanes propios, neta y ecuanímente delimitados, sin que eso obligue a olvidar que todos ellos son solidarios entre sí; y viniendo al terreno práctico, el pensamiento de Maura no hacía sino confirmar la amplitud de criterio que en la vida académica propugnaba Menéndez Pelayo.

Pasando a otros órdenes de cosas, la misma precisa delimitación de los diversos campos de su propia actividad era con nitidez establecida por D. Antonio Maura. A cada uno de los quehaceres que ocupaban su laboriosa vida sabía dar en el debido tiempo el interés preferente, autónomo, como si fuese el único negocio a que tenía que atender. Y nunca había interferencias ni intromisiones de uno de ellos en el otro, debiendo aquí especificar para reincidir en lo ya dicho, que él, en medio de su intensa vida política, procuró mantener siempre las elecciones académicas alejadas del partidismo antes tan embarazoso.

Pero es inoportuno que yo trate nada de la vida académica de D. Antonio. Vamos a escuchar a quienes nos dirán de ella. Nuestro compañero "Azorín", aunque apartado de estas sesiones por su riguroso régimen de vida, no ha querido que su palabra dejara hoy de sonar entre nosotros y nos ha enviado unas cuartillas que serán leídas por el Sr. García Gómez; la Academia las agradece según la excepción que representan en el actual reposo de la actividad literaria del admirado amigo ausente. Después nos ha de decir mucho el Sr. Amezúa que ha atendido, como siempre, al interés corporativo, estudiando con su esmero habitual la actividad que aquí desarrolló don Antonio.

Yo sólo me he dejado llevar por un recuerdo de mi primer tiempo en esta casa, a modo de breve proemio de lo que aquí se ha de decir, mostrando cómo aquella primera Academia que yo conocí, tan grande por sus personalidades, adolecía en su

seno de exclusivismos que no sólo le atraían “la antipatía de las gentes”, gran preocupación para cuantos pensábamos como Menéndez Pelayo, sino que disipaban la fuerza operante de nuestro instituto. Y ese viejo recuerdo es en mí inevitable al comenzar esta junta. La renovación del cuerpo académico que lentamente venía sucediendo, el natural debilitamiento del resabio que desde antiguo era lamentado, todo llegó a perfección completa con la elección de D. Antonio Maura como Director. El consagró afectuoso cuidado a esta casa, impulsó la actividad interna, puso al servicio de ella su propia prodigiosa fuerza de trabajo, colaborando intensamente en las tareas léxicas que caían dentro de su personal competencia...; y yo, que soy el único de vosotros que alcanzó todo el duodenario de esa Dirección, no he ocupado ahora vuestro ánimo sino para concluir que los que habíamos elegido a D. Antonio Maura miramos sus años directivos como una época de renovación floreciente, época áurea en los anales de la Academia.

R. MENÉNDEZ PIDAL.